

4.- ENERO: CREADOR DEL CIELO Y TIERRA

PREGUNTAS: ¿Agradeces a Dios que te ame hasta tal punto de haberte traído a la existencia y mantenerte continuamente en ella? ¿Es la creación ocasión para acercarte al Creador, o por el contrario, te quedas exclusivamente en la criatura amándola como si fuera el Creador? ¿Respetas la creación como don de Dios y lugar para tu salvación eterna? ¿Valoras y respetas tu cuerpo como don de Dios y templo del Espíritu Santo? ¿Cómo te dejas hacer por el Espíritu para que la obra de la creación llegue a su plenitud en ti? ¿Crees que te asemejas cada vez más a Cristo, tu imagen perfecta? ¿Es la dificultad y tribulación ocasión de encuentro con Cristo, el primero que sufrió por ti? ¿Esperas la “resurrección” después de la “cruz”?

TEXTOS: Gn 1,1-2,4; Gn 2,18-25; Jn 1,1-14; Col 1,15-20; Ef 1,3-14; Ap 21,1-5; *CIC* 279-421
«¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, distraído como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti» (SAN AGUSTÍN, *Las confesiones* 7,10).

«Pregunté a la tierra y me dijo: “Yo no soy tu Dios”; y todas las cosas que hay en la tierra me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y me respondieron: “No somos tu Dios, busca por encima de nosotros”. Pregunté al aire, y el aire, con todos sus moradores, me dijo: “Te equivocas, yo no soy tu Dios”. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, y me dijeron: “Tampoco nosotros somos el Dios que tú buscas”. Y dije a todas las cosas que rodean las puertas de mi carne: “Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, decidme algo de Él”. Y exclamaron con gran voz: “EL NOS HIZO”. La pregunta fue mi mirada, su respuesta fue su belleza» (SAN AGUSTÍN, *Las confesiones* 10,9).

“Al hacer entrar en escena a Dios como Creador del Universo la Revelación judeo-cristiana ha hecho un gesto especulativo y salvífico rigurosamente inaudito, al afirmar que el mundo está sometido a Dios, descarga de un golpe y de manera radical y definitiva la idea de un mundo sometido a un poder anónimo o a una fuerza ciega. Hecho a partir de la nada, el

mundo no arrastra nada, ningún peso muerto, ninguna historia. En el mundo pagano, Dios que no crea de la nada, sino que modela la materia que está enfrente suya, que es su rival, Él la puede dominar hasta cierto punto, pero esa materia lleva consigo las leyes de la malignidad, nunca acaba de dominarla plenamente. La creación en la cultura griega (cosmogonías y teogonías) tiene siempre en común la visión desastrosa de la fundación del mundo, siempre es fruto de un drama, de un sacrificio primordial, de una guerra entre dioses, engendramientos violentos, el mundo aparece como emanación progresivamente degradada del ser, aparece como una sombra traspuesta del mundo divino. No hay un deseo divino del mundo, no procede de una acción de amor y libertad sino que es el resultado de la coacción y la fatalidad” (GESCHE, *Dios para pensar*).

«La libertad de esta criatura es el reflejo más hermoso que hay en el mundo de la libertad del Creador. Por eso la valoramos tanto y le damos un valor propio. Una salvación que no fuese libre, que no fuese, que no viniese de un hombre libre, ya no supondría nada para nosotros. ¿Qué sería eso? ¿Qué querría decir eso? ¿Qué interés presentaría una salvación así? Una beatitud de esclavos, una salvación de esclavos, una beatitud sierva, ¿por qué queréis que me interese? ¿Acaso gusta ser amado por esclavos? (...) Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado libremente, las sumisiones ya no presentan ningún atractivo. Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado por hombres libres, la postración, las inclinaciones de los esclavos ya no significan nada. Ser amado libremente, nada tiene ese peso, nada tiene ese valor. (...) Todas las inclinaciones del mundo, todas las sumisiones, todos los agobios del mundo no valen lo que la hermosa y recta genuflexión de un hombre libre. (...) Cuando San Luis me ama, estoy seguro, sé de qué hablo. Es un hombre libre, un barón libre. Cuando San Luis me ama sé, conozco lo que es ser amado. Además, eso lo es todo. (...) Y cuando me ama, es de verdad. Y cuando me dice que me ama, es verdad. Y cuando me dice que preferiría coger la lepra a caer en pecado mortal (hasta ese punto me ama), es verdad. En él sé que es verdad. No es verdad sólo el que lo diga. Es verdad que es de verdad. No dice eso para quedar bien. No dice eso porque lo haya visto en los libros ni porque le hayan dicho que lo diga. Dice eso porque es así. Me quiere hasta ese punto. Me ama así. Libremente. (...) Y esa libertad es el reflejo más bello que hay en el mundo, pues me recuerda y remite a mí y es un reflejo de mi propia libertad, que es el secreto incluso y el misterio y el centro y el núcleo y el germen de mi Creación. Así como he creado al hombre a mi imagen y semejanza, así también he creado la libertad del hombre a la imagen y semejanza de mi propia, de mi original libertad (C. PÉGUY, *El misterio de los santos inocentes*).